

El Edu, mi clavo oxidado

A Eduardito lo conocí en una fiesta que había organizado Sofía, mi amiga de la secundaria. Yo venía de terminar con Juan Carlos tras cinco años de relación y a punto de llevarme al altar a lo que, por suerte o por desgracia, pude huir despavorida. Dicen las viejas que un clavo se saca con otro clavo y creo que eso fue lo único que me motivó a engancharme con Eduardito Goncalves, alias mi clavo oxidado. Él era uno de esos tipos que no tenían gusto a nada, no era lindo, ni alto, ni simpático, ni intelectualmente fascinante, era lo más mediocre que alguien puede encontrar en un estadio de fútbol del Nacional “B” con los ojos vendados. Eduardito lucía con orgullo la barba del “Che”, unos anteojos de culo de botella y un acné parecido a las huellas de una caminata lunar. Cada vez que salíamos nuestras conversaciones eran una teatralización de un interrogatorio policial. Yo le hacía preguntas tales como ¿Qué películas viste últimamente?, ¿Qué gracia nueva hizo tu mascota?, ¿Cómo te fue en el trabajo?, y sus respuestas nunca pero nunca superaban a un monosílabo o a lo sumo palabras más largas como “Claro”, “Bien”, “Seguro” en los días que estaba verborrágico.

Eduardito, aunque hubiese tenido la facha de Brad Pitt sería más aburrido de chupar un clavo, en su caso un clavo oxidado. Pero yo la remaba y la remaba. Era infumable y no me explico como pude bancármelo seis meses, en los cuales, cada vez que tuvimos sexo, fue y me avergüenza decirlo, una especie de violación de mi parte para evitar seguir mirándolo a la cara esperando una conversación que pudiese ser medianamente interesante. El pibe era como un muñeco de trapo apolillado, hacía lo que yo quería y sacarle una idea era más difícil que hacer pasar un camello por el ojo de una aguja como dice el evangelio según me contaron ya que nunca lo leí. Yo era su ventrílocuo y él tomaba vida a partir de mi intención de que hiciera algo extra a respirar y tomar café.

Aún tengo el doloroso recuerdo de esa noche que salimos a cenar con Sofi y Rubén, su nueva pareja. Fuimos primero al teatro y luego a un pituco restaurant de la Recoleta. Nosotras de pura charla y risas con los comentarios graciosos del novio de Sofi y el boludo de Edu, como era de esperar, era una momia. Miraba por el vidrio hacia la calle como si estuviera controlando que no le robaran el auto que no teníamos. Sofi se dio cuenta que algo no estaba bien a pesar de mi exagerado disimulo para que la pasáramos joya. Me sugirió que fuésemos al baño a lo que accedí, sabía que tenía algo que decirme y que debía ser en privado.

—¿De dónde lo sacaste a este? —me tiró sin anestesia.

—De la fiesta que hiciste en tu casa. ¿No te acordás?

—La verdad no lo tengo registrado, quizás sea amigo de mi hermano, pero es un pelotazo en contra, no podés seguir saliendo con este chavón, te resta, te tira para abajo. Y un puñal se me clavó en el pecho, entendí que el consejo de Sofi no era para hacerme daño, ella me quería y porque me quería bien me lo estaba diciendo sin pelos en la lengua. Sentí que mi carencia de autoestima y la búsqueda desesperada de cariño me habían hecho tomar el primer bondi que se me cruzó sin saber si me llevaba a un buen destino o a la mismísima mierda.

Volvimos a la mesa y él seguía mirando para afuera. La cara de Rubén le llegaba al piso, sin duda estar solo junto al plomo de Edu había sido un embole.

No pasó mucho tiempo desde aquella noche, antes que la lástima se apoderara de mis decisiones, le di el olivo con un mensaje de WhatsApp que decía “Hola Edu, ¿todo bien? Lo nuestro no da para más. Hasta acá llegamos, que tengas mucha, pero mucha suerte!”.

Por esos tiempos yo me había postulado como *recruiter* en una compañía de tecnología. Me encantaba el trabajo, había encontrado lo que me hacía feliz y era el lugar donde quería hacer carrera. Así fue como

después de cinco años me ascendieron a Gerente de gestión de talento y mi orgullo completó todos los casilleros de mi ego.

Una tarde que estaba rondando las distintas oficinas conversando con mis compañeros para poder medir de primera mano la temperatura del clima laboral, paso accidentalmente por uno de los box que usamos para las entrevistas y me encuentro con Julieta Domínguez, una nueva *recruiter* que estaba entrevistando a un candidato, el cual, cuando vi su reflejo contra el vidrio del despacho, me pareció cara conocida. De manera automática mi cerebro me ubicó en el registro de quién era esa persona y, como si hubiese visto un fantasma, di tres pasos para atrás saliendo de inmediato. Ahora no tenía barba, tampoco esos anteojos de culo de botella y al parecer había ido a una dermatóloga ya que hasta los granitos le habían desaparecido. Por la tarde fui al despacho de Julieta para asegurarme que el pibe que había visto en su entrevista era Eduardo Goncalves y no un primo o un hermano mellizo que hubiera sido bendecido por la gracia divina.

Debía validar que no era él, que como un larva inmunda, se había convertido en ese potro después de una metamorfosis de cinco años.

—¿Cómo te fue con la búsqueda de programador java? —le pregunté haciéndome la boluda.

—¡Excelente! —me contestó.

—¿Excelente? —repregunté esperando que en sus entrevistas hubiese encontrado a otro que no fuese el supuesto Edu.

—Entreviste a seis, les hice una prueba técnica y ya tengo el candidato.

—¡Ahh mirá! ¡Qué bien! ¿De dónde viene?

—Trabajo cuatro años en una multi, un genio el pibe y ya lo mandé al pre-ocupacional.

—¡Ahhhh mirá! ¡Pero qué bien! ¿Y cómo se llama? —le pregunté como quien tiene el revolver apoyado en la sien con cinco balas y quiere

jugar a la ruleta rusa esperando que cuando se gatille se ubique el cilindro en el agujero vacío.

— Esperá que me fijo en el sistema —Julieta tecleó su password y buscó en el registro de entrevistas — Eduardo Goncalves, ¡un divino! ¡Va a ser un champion!

Tragué saliva. Yo como gerente del área tenía la potestad de dar de baja a cualquier candidato, pero no lo hice, algo dentro mío me decía que lo justo es justo y que no debía coartar esa oportunidad a quien había sido mi novio a pesar de que hubiese sido el clavo más torcido con el que me haya metido.

Solo esperaba que en sus pre-ocupacionales tuviese algún problema que lo dejara no apto para incorporarse, pero no fue así. A las dos semanas ya estaba tecleando en su computadora en un escritorio al que podía divisar desde mi oficina. Él había quedado a cargo de Mariela, la responsable de *User Interface*, una cincuentona que las malas lenguas la estigmatizaban como devoradora de pendejos. ¿Celos? No, no, no... solo quería que respetara el lugar de trabajo y hubiese algo por fuera que se mantuvieran las formas para evitar esos problemas que todos ya conocemos.

A esos de las once de esa mañana de Septiembre me acerqué a saludarlo, cuando me vio él se levantó y me dio un fuerte abrazo, y un beso en la mejilla. Fue bastante respetuoso, y sentí que además de su cambio corporal tenía un cambio de onda, de actitud, estaba más suelto, más canchero. Como una gallina que cuida a sus pollitos se arrimó Mariela para interpretar tanta efusividad.

—¿Se conocen? —preguntó la bruja.

—¡Si! De otra vida —le respondí, tratando de justificar el afectuoso saludo.

Cuando me estaba yendo, él volvió a su escritorio, bajó la cabeza y volvió con las tareas que le había encomendado su jefa.

A partir de ese momento comenzó esta historia que para muchos es una de tantas que puede contar una mujer despechada pero en realidad es una historia con ribetes tan oscuros como insospechados. El ya no era el clavo sin punta con el que me sentía avergonzada ante Sofía y su novio, el Edu se había convertido en un muchacho atractivo, simpático, inteligente y podría decirles que hasta sexy. El Edu se había transformado en una especie de huevo de pascua, muy dulce y lindo por fuera y lleno de sorpresas por dentro. Sorpresas que nadie en sus peores pesadillas podría imaginar.

El equipo de trabajo de *User Interface* estaba formado por Mariela, dos chicas diseñadoras, otras tres programadoras y un flaco que lo tenían para el cachetazo o sea el equipo completo incluyendo a la jefa y a Edu, la nueva incorporación, eran ocho.

A la semana siguiente de su ingreso al staff tuve la primera revelación de que algo horrible se me avecinaba. Sentada en el inodoro del baño de damas pude escuchar que dos de las chicas del equipo de Mariela estaban conversando frente al espejo.

—¡Está rebueno el nuevo! —decía una de ellas a la que no pude identificar.

—¡A mí ya me tiro onda! Me preguntó si quería ir a tomar algo el jueves. No se... me dijo que hay un nuevo local por acá cerca que se sirve tragos de autor... y... —a esa ya la identificada con esa voz de pito no podía ser otra que Constanza, una de las programadoras, que era más veloz que un procesador *Pentium quad-core*.

Me quedé escuchando en silencio esperando que dijeran algo más pero rápidamente entró otra chica y salieron.

A eso de las diez, como todas las mañanas, tuve la intención de ir a tomar un café a la máquina. Otras tres chicas del equipo de Mariela cuchicheaban con sus vasitos de Telgopor humeantes. Sin ser adivina pude

darme cuenta de que estaban hablando del Edu, y tuve la sospecha que tangencialmente en esa conversación también estaba involucrada.

Las noticias en cualquier oficina corren como la pólvora encendida y sin que yo hubiese abierto la boca estaba segura de que todo el mundo ya sabía de lo mío con el Edu y que sin duda estarían haciendo miles de especulaciones.

Toqué el botón que me lo sirve con poca azúcar y me fui rápido viendo la complicidad de sus caras y una cuota de maldad en sus sonrisas. Al mediodía pude salir, tomar aire y olvidarme del Edu y de sus compañeras, pero como no tenía nada que ocultar fui al comedor y me encontré con la primera gran sorpresa. Eduardito estaba sentado en una de las mesas grandes y todo el gallinero de *User Interface* lo rodeaban y festejaban sus monigotadas. Él, cuando me vio entrar, bajó la cabeza pero ellas seguían coqueteándole, tocándole el hombro y hasta alguna le apoyaba sutilmente la delantera en uno de sus brazos. Mariela parecía la que llevaba la voz cantante, era como una fiera que comandaba una gran orgia donde las seis tendrían sexo de todas las formas imaginables con mi ex y luego lo devorarían como lo hacen la mantis religiosas a los machos después de ser fecundadas. Lo más ridículo era ver al pibe de los mandados que los miraba comiéndose un sándwich desde otra mesa en absoluta soledad en medio del griterío.

Esa tarde no me sentía bien, mi autoestima estaba por el piso, así que llamé a Sofía para que tomáramos un té y de esa forma poder contarle lo que estaba pasándome en la oficina y ahorrarme unas sesiones de psicólogo.

—No... lo... pudo... creeeeer... —fue lo primero que me dijo mientras sumergía el saquito en la taza.

—Parece increíble, pero es así, como si fuese una broma del destino, yo más sola que un cactus y mi ex, que no servía para nada, que nadie en el

mundo se imaginaba que podría gustarle a alguien, ahora es el rey de la oficina y todas las minas revolotean alrededor de él.

—¡Tenés que encontrar un motivo para que lo despidan! —fue su consejo categórico —sino te vas a enfermar, te lo aseguro.

—Pero... no me parece... es anti-ético —le dije.

—Te va a quemar la cabeza, si querés salir ilesa de esto o te lo coges de nuevo o lo hacés echar —me indicó Sofía de manera contundente.

La primera opción no estaba dentro de las posibilidades, primero que no me interesaba volver con él, segundo que si alguien se enterara que un empleado nuevo salía con la directora de recursos humanos iba a ser el fin de mi carrera. Sofía era una piba inteligente, la admiraba y la respetaba, era mi ejemplo de mujer. Siempre me había dado buenos consejos, que yo siempre escuchaba, como el consejo de sacarme de encima al plomo de Eduardito, pero ahora debía echarlo, me parecía demasiado... demasiado peligrosa esa única opción que me ponía en el camino.

Eduardo se había convertido en una obsesión. No había lugar del edificio en el que un grupo de señoritas estuviese hablando de él. Él era el centro de todo, organizaba reuniones, fiestas, asados, salidas a recitales y espectáculos, campeonatos de deportes diversos, juegos de Pictionary y dígalos con mímica entre otras boludeces. No había fin de semana que no hubiese un programa en que él, mi ex, el tipo más aburrido que había conocido, fuese el gestor o el anfitrión. Los lunes las mujeres no hablaban de otra cosa que del Edu y sus hazañas. Que el Edu dijo esto, o que el Edu hizo tal cosa, que lindo el depto del Edu, que bueno el nuevo trago que hace el Edu, y un millón de pelotudeces más. El Edu era el rey de la noche, el centro de atracción, el tipo más popular y para muchas indiscretas también una máquina sexual. Salía con una distinta cada semana y hasta con dos al mismo tiempo los fines de semana, nadie hablaba mal de él, todo el mundo lo amaba hasta aquellas que habían quedado en su pasado de amores fugaces

lo reconocían como una gran persona y una inolvidable experiencia de sus chatas vidas. No había razón para sacarlo de la nómina sin cometer una injusticia o una discriminación y... ¿Cuáles serían las consecuencias? Yo iba a ser la mala de la película, la hija de puta resentida, pero no podía seguir soportando que refregase sus amoríos frente a mis narices. Para colmo, según la opinión de su jefa directa, el desempeño en el trabajo era óptimo, el mejor programador que tuvo en años. No tenía motivo alguno para poder despedirlo, la evaluación de su desempeño lo ponía entre los primeros talentos de la organización.

Cada día que pasaba yo bajaba un par de metros en mi tobogán de autoestima, hasta he bajado como cinco kilos sin hacer ninguna dieta, me estaba consumiendo por dentro y también por fuera. El hecho de ir a la oficina me deprimía, y cuando lo veía se me revolvía el estómago pero cuando no lo veía también lo buscaba con la intención de encontrarlo infraganti, cometiendo algo que estuviese fuera de las normas de la organización, quería que pisara el palito y sabía que no faltaría mucho para que eso sucediera.

Como de costumbre esa mañana fui a tomar mi cafecito con poca azúcar a la máquina y... ¿a quién me encuentro apoyada contra la pared, con el rostro del Edu a solo unos diez centímetros de su boca? ¿A Mariela? ¡No! Hubiese sido obvio, aunque ella es más avasalladora, una mujer de armas tomar. ¿A la Constanza? ¡Tampoco! ¿A otra de sus compañeras de equipo? ¡No, no! Me la encuentro a la Julieta Domínguez, la recruiter de mi equipo, la misma que lo entrevistó hacía ya dos meses y había escrito el informe para que ingresara como un tubo. Traté de no interrumpir la dulce escena, pero una vez que mi vasito de Telgopor se llenó con el brebaje que me estimula cada mañana, la miré a Julieta y con una seña le indiqué que viniese a verme a mi despacho de inmediato.

Al rato se apareció como perro con la cola entre las piernas. Ella imaginaba que no la había llamado para que encarara una nueva búsqueda, ella imaginaba que mi requerimiento venía acompañado de un potencial cuestionamiento, en los minutos antes de su arribo a mi oficina me tomé el trabajo de revisar en el sistema de entrevistas a uno por uno los candidatos que ella había entrevistado el día en el que Edu fue seleccionado y pude darme cuenta que su elección estaba teñida de arbitrariedad, había al menos dos chicos que tenían mejores currículums y sus pruebas técnicas habían tenido mejores calificaciones que la de mi ex.

—¿Qué necesitas? —me preguntó canchera al entrar, como para amedrentarme.

—¡Cerrá la puerta! —le ordené y ella de inmediato se dio cuenta que el horno no estaba para bollos—buena onda el nuevo... ¿no?

—¡Si! ¡si! Bueno... él me estaba invitando... —tratando de sacarle el culo a la jeringa.

—¿Él? ¿A dónde te estaba invitando?

—A tomar algo, ¿No se puede? ¿Algún problema?

—¿A tomar algo? —le pregunté y conté hasta cien antes de seguir la conversación — ¿Cuánto hace que venís saliendo con Eduardo Goncalves?

—Este... no yo no... no estoy saliendo...solo...

—Julieta, somos grandes y yo no me chupo el dedo. Estuve viendo todas tus entrevistas con los candidatos del día en que seleccionaste a Eduardo y no tengo ninguna justificación para entender que él era el mejor para entrar en esta compañía.

—¿Pero él es un buen candidato?

—¡Si! ¡No tengo dudas! ¿Pero era el mejor? ¿Él tenía la mejor experiencia y conocimientos? ¿Él superó la prueba técnica con las mejores calificaciones? ¡Contestame por favor! —y di un golpe sobre el escritorio — no voy a estar acá todo el día perdiendo el tiempo.

De inmediato la piba se me puso a llorar a moco tendido y debía encauzar la conversación para que no se transformara en un escándalo de grandes dimensiones.

—Ok, ok, no pasa nada —le dije para calmarla, esto te podría costar el puesto por no haber sido ecuánime con tu decisión en la selección del mejor recurso para la empresa. ¿Sabés qué significa esto? ¿Lo sabés?

—¡Si! —me respondió secándose las lágrimas y sonándose los mocos.

—Entonces si lo sabes, también sabés que tengo motivos suficientes para despedirte con causa justificada, lo que implica que tomas tus cosas y te vas a tu casa sin un mango.

—Pero yo tengo a mi mamá enferma, que voy a hacer para poder comprarle los remedios, por favor tené un poco de compasión por mí, siempre fui una empleada leal —me decía entre sollozo y sollozo.

—Siempre, hasta ahora, no sé qué te une a él, pero él te está haciendo perder el empleo, a menos que...

—¿A menos que... qué?

—Que él se vaya, en esta empresa no pueden quedar ambos, o él se va o tengo que despedirte a vos por no cumplir con tus obligaciones de recrutar.

—¡Pero... no puedo hacerlo! Está fuera de mis atribuciones.

—Si, si... podes decirle a Mariela y obviamente a él que cometiste un terrible error, que se debe desvincular ya que hay recortes de presupuesto y que siendo él el último ingresado y dentro del período de prueba, lo más justo para el equipo de *User Interface* es que lo desvinculemos.

Y así fue como Julieta, acató la orden y se lo comunicó con el proceso formal que tenemos para estos casos. Hubo, como era de esperar, un poco de revuelo entre sus compañeras y con su jefa, llantos, gritos, puteadas, pero a los pocos días ya nadie se acordaba de Eduardito Goncalves.

Hubo un tiempo de paz espiritual para mí. Recuperé mi peso, empecé a hacer yoga y meditación, tomé clases de teatro y hasta Juan Carlos mi ex

con el que me iba a casar hacía seis años volvió a arrastrarme el ala lo que me hacía sentir una nueva mujer, una mujer empoderada.

Eduardito quedó en el pasado, como ese grano que no termina de madurar para poder ser extirpado de la cara.

Casi un año después de aquel desagradable episodio, Sofía me invita a su casa ya que había organizado una fiesta, una despedida de casada, se estaba separando de Rubén y quería tirar la casa por la ventana. Se había sacado un clavo de encima decía a los cuatro vientos, igual que yo. Me aparecí como siempre un vestido que compré para la ocasión tratando de pasarla bien en esa fiestas que sin duda se llenaría de amigos de su hermano. El champagne corría por las copas y los brindis se multiplicaban justificando cualquier pavada, todo era motivo suficiente para chocar las copas y yo me sentía feliz nuevamente. Me sentía linda, atractiva, me sentía feliz.

Tocaron el timbre. El hermano de Sofía fue a abrir la puerta, de lejos pude ver que era el Edu, el mismo Edu que se había transformado de sapo de estanque en príncipe de palacio, el mismo Edu que me volvió loca en la oficina con su arrastre entre sus compañeras, él que tuve que pergeñar un motivo justificado para despedirlo, era el mismo que otra vez, como una molesta mosca, se cruzaba en mi vida. Sofía desde atrás mío lo fue a recibir con dos copas en el aire. Mi inseparable y consejera amiga le entregó una de las copas y lo besó... sí, lo besó en la boca, con un beso tan apasionado que hasta a mí me dejó sin aire. Aunque al parecer ya no sentía nada por el Edu, mi clavo oxidado, el telón de la vida se bajó estrepitosamente ante mis ojos dejándome otra vez fuera de escena en mi papel de reparto, y sin tener siquiera el aplauso tan necesario del público.